

La India de Mircea Eliade: un viaje iniciático

Eugenia POPEANGA

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En 1934, Mircea Eliade publica en Bucarest una serie de artículos, crónicas y fragmentos de un Diario de viaje, bajo el título genérico de *La India*. Recoge este libro la experiencia existencial del joven rumano en un país exótico, así como su espíritu de aventura, convirtiendo todo ello en un viaje iniciático. Se realiza asimismo una comparación con textos similares sobre el país asiático (H. Michaux, Pier Paolo Pasolini y Alberto Moravia).

Palabras clave: Mircea Eliade, Literatura de Viajes, *La India*, Viajeros por la India, H. Michaux, Pier Paolo Pasolini, Alberto Moravia.

ABSTRACT

In 1934, Mircea Eliade publishes in Bucarest a sequence of articles, chronicles and excerpts of a Travel Diary, simply entitled *La India*. This book contains the existential experience of the young Romanian in an exotic country, as well as his adventure spirit, transforming it all in an initiation journey. The present work presents also a comparison to similar texts about the Asian country (H. Michaux, Pier Paolo Pasolini and Alberto Moravia).

Key words: Mircea Eliade, Travel Writings, *La India*, Travellers through India, H. Michaux, Pier Paolo Pasolini, Alberto Moravia.

El viaje, los libros de viaje, la literatura de viajes, se presentan actualmente como un tema recurrente de índole interdisciplinar, y como tal son objeto de debates teóricos y numerosas investigaciones de naturaleza textual. Aún no sabemos muy bien clasificar el viaje, si abordarlo desde una perspectiva geográfica, histórica, sociológica, como elemento consustancial al ser humano, o analizar aisladamente los productos de esta actividad o aventura constante que mueve al hombre a desplazarse para conquistar, descubrir o, sencillamente, conocerse mejor. El viaje implica, sin lugar a dudas, una aventura que puede ser trivial o que puede elevarse a una auténtica iniciación física y espiritual. A lo largo del tiempo los viajeros han tenido a bien contar esa aventura, real o imaginaria, ya que el viaje siempre se ha llevado a cabo sobre estas dos hipóstasis: Es un tema importante, pues en la literatura, las artes y la

música puede articular relatos, desplegar abanicos de metáforas, toda vez que soporta análisis retóricos y va asociado al poderoso tema de la relación con el otro y al nada desdeñable de la muerte y el «Más allá».

El hombre está capacitado para viajar en el espacio y en el tiempo; puede realizarlo dentro de lo conocido o de lo ignoto, hacia afuera o hacia adentro. El viaje ha sido y es tema de trabajo permanente para muchos investigadores pertenecientes a las «humanidades» y a las ciencias sociales.

Lo que nos interesa aquí es el viaje en sus manifestaciones literarias o afines a la literatura; nuestro trabajo se orienta hacia zonas de sombra, las zonas fronterizas donde se dan la mano los escritos carentes de «ficción», que no inventan el mundo consignado, sino que lo descubren y reescriben tal cual es, o tal como lo ven. Se trata de la zona abigarrada del escrito testimonial, del relato de viaje que combina estilos y voces, del autor que es a un tiempo narrador y testigo. En multitud de casos, los libros de viajes nos presentan el relato de una aventura real, inscrita en una secuencia cronológica que permite al lector reconocer espacios y medirlos. Tal materia textual la constituyen los diarios de viaje y, a las veces, las cartas de viaje —sólo que éstas tienen un destinatario concreto, ubicado tanto espacial como temporalmente; según el tipo de autor, estos diarios presentarán, o no, interés literario; muchos se quedarán en el mero discurso geográfico y anecdótico personal, anclado en la literatura autobiográfica «auténtica», objeto de la investigación de Ph. Lejeune. El diario de viaje, cuyo autor es un verdadero escritor, emerge del discurso autobiográfico para forjar un discurso literario, reconocible por su estilo, por el manejo del utillaje retórico (desde la descripción hasta la creación del «clímax» de la aventura), así como por la inserción de pequeños relatos cercanos a la ficción. Los diarios de este tipo están más cerca de lo literario que de lo autobiográfico íntimo; más aún cuando el propio autor promociona su publicación inmediata, o incluso la contrata de antemano. Inevitablemente la objetividad de un observador (explorador, geógrafo, comerciante) se tiñe de una subjetividad polifónica, al interpretar el autor, en muchas ocasiones, las voces de «el otro», queriendo confrontar su intimidad con lo que ve, oye, siente y comunica. Los cinco sentidos se desarrollan en metáforas que recrean paisajes naturales o urbanos, con sus gentes, próximas o remotas. El registro lingüístico, marcado en los libros de viajes, la existencia de un intérprete que permite digresiones y puentes entre espacios conocidos y desconocidos, puede entenderse como un elemento marginal o, por el contrario, nos permite también desarrollar grandes círculos ficcionales sobre temas de comunicación e interculturalidad. El lector, partícipe activo en la definición de los libros de viaje, será el que marque el grado de literariedad de estos textos, puesto que es siempre invitado a seguir los pasos del autor-viajero, acompañándole en su aventura viajera, de manera pasiva en ocasiones, pero también activa en muchas de ellas, ya que gran cantidad de tales libros —relatos o diarios de viaje— se convierten en auténticas guías sobre el particular.

Un relato de viaje suele ser una encrucijada de textos, un enjambre de códigos externos (antropológico, social, político, cultural) a los que se añade el discurso personal cuya descodificación requiere el rastreo intertextual de la propia obra del autor. La lectura de un simple diario de viaje obliga al lector, o más bien al crítico, a una

relectura de la obra entera. Este tipo de «literatura», o mejor, de discurso que encuentra mal acomodo entre los géneros tradicionales, ocupa, sin embargo, una gran zona de interés literario que se halla entre el discurso puramente ficcional y el no ficcional. Se trata de un discurso mixto, testimonial, de aprendizaje y educativo a la vez, que puede convertirse en una nueva experiencia ficcional, personal, trazada con recursos estéticos. Difícil de obviar es el gran interés que presentan estos textos cuando vienen acompañados de material gráfico: dibujos personales -o de dibujantes profesionales-, con gran profusión de grabados, o bien de ilustraciones y hasta de fotografías. La imagen, como el texto, puede estar realizada de forma inmediata, a guisa de elemento referente al espacio recorrido, que aumenta de esta forma el valor testimonial. También puede ser fruto, igual que el propio texto, de un recuerdo.

El libro de viajes -o si se quiere, la literatura de viajes- implica muchas veces una investigación interdisciplinaria, donde interviene el historiador, el geógrafo, el sociólogo o el antropólogo y, no en postrer lugar, el estudioso de la literatura y de las artes. Volvemos, pues, al concepto de discurso mixto, concepto que aún la variedad de informaciones e interpretaciones que soporta un simple libro de viajes, desde el informe objetivo y científico (o pseudocientífico en muchos casos), hasta el recuerdo, el diario o la carta del viajero-escritor o artista.

El caso que nos ocupa es complejo. Mircea Eliade, importante figura cultural del s. XX, nace en Bucarest, el 9 de marzo de 1907, y muere en Chicago, el 22 de abril de 1986. Su vida transcurre, pues, a lo largo de casi todo el pasado siglo, y su actividad se estructura en múltiples registros: de la antropología e historia de las religiones, de la creación literaria y el ensayo, así como de la literatura autobiográfica. Sus distintos niveles de escritura, que ejerce de forma paralela, nos permiten destacar una pluralidad de voces narrativas y otras peculiaridades que lo caracterizan como autor.

Podemos mencionar, en primer término, el registro científico-cultural, forjado en un discurso exento de temporalidad, neutro, registro en que subyace, sin embargo, la escritura complementaria de sus ensayos, cargada de subjetividad y marcada, obviamente, por el momento histórico o por la circunstancia personal del escritor. Otro registro, aparentemente situado en el polo opuesto, es el de la escritura creativa, incesantemente cultivada, forjada en una prosa que fluctúa entre lo autobiográfico, lo fantástico y lo realista e histórico. Finalmente, escuchamos la voz de su Yo, plasmada en una escritura autobiográfica, en que se verifica de forma evidente el pacto con el lector. En este registro destacan las narraciones autobiográficas y las novelas-diario, distintas de las obras donde hallamos escauceos autobiográficos -reales o no- que aparecen en su obra creativa.

Estamos, pues, ante un creador idóneo para proporcionar materia de trabajo al investigador dedicado a la literatura de índole autobiográfica, pero también ante un gran viajero. Eliade, en la primera etapa de su vida, la de las «promesas del equinoccio», viaja por Rumanía y fuera de sus fronteras, pero no concientiza el viaje como una actividad en sí; sus excursiones a la montaña, de gran importancia en su formación espiritual; su aventura marina, o sus estancias en Italia o Suiza forman parte de los viajes de iniciación educativa. Lo mismo ocurrirá con su gran viaje a la

India. Una vez superada la ruptura de «los orígenes» y asumida su condición de exiliado, Eliade se convierte en un gran viajero, un ser en el mundo con casa en muchas partes y sin «hogar» antropológico; viaja mucho y lo cuenta en numerosos escritos de naturaleza testimonial (memorias, diarios, entrevistas...). No obstante, el antropólogo y escritor rumano no llega a plasmar un libro de viajes concreto, dedicado a un espacio determinado y situado en la coordenada temporal correspondiente. La lectura de sus diarios da la impresión de que Eliade cambia mucho de paisaje, pero raras veces ejerce de simple viajero; sus metas no consisten en descubrir, conquistar o simplemente disfrutar del cambio de paisaje, ni en presentar las gentes que conoce; sus viajes tienen una meta científica, académica y, por lo tanto, no llegan a cuajar en un texto coherente: son solo pinceladas, recuerdos, imágenes sueltas. En *Fragmentos de un diario*, hay recuerdos, pequeñas pinceladas entre las que podemos elegir el viaje por Sicilia en 1951, algunos viajes a México, la mención de sus viajes al Japón... Solo al final de este «diario» -primero del exilio- encontramos una reflexión sobre el viaje y sus significados. En cambio, en su obra literaria, el viaje puede aparecer como tema de tipo ficcional; sin embargo, se trata más bien de unos viajes imaginarios que implican determinados ritos de paso, rupturas espacio-temporales, viajes que vislumbran el «Más allá» (véase *La tiganci*).

Volvamos, pues, al gran viaje que emprende el joven Eliade. Se trata, sin lugar a dudas, de una aventura total de descubrimiento, conquista e iniciación, aventura emprendida a la edad de los conquistadores o caballeros de la Tabla Redonda. M. Eliade tiene veintiún años, una carrera universitaria apenas concluida y una promesa de beca por parte de un *majarajá*, beca que le ayudaría a dedicarse al estudio de las lenguas y religiones de la India. Cierto es que desde los doce años el espacio hindú, sus ritos y sus lenguas suscitaban en él gran fascinación, obviamente libresca. El «adolescente miope» empieza a estudiar sánscrito, y dedica parte de sus investigaciones, incipientes aún, al ámbito de la *orientalística*. La obtención de la beca, en 1928, así como la acogida favorable del profesor Dasgupta deciden la suerte formativa de Eliade. Parte de Bucarest, el 22 de noviembre de 1928, rumbo a Constantza, donde se embarca para Alejandría. Es significativa la dedicatoria de Ionel Jianu, que le regala como despedida el libro de Jacques Rivière *A la trace de Dieu*:

A mon ami, Mircea Eliade. J'ai appris à aimer la formidable pensée intérieure que anime ton être. Ta superbe aventure, nous la suivons avec angoisse et confiance. Tu as eu l'audace d'être celui qui ose vivre sa vie. Nos vœux t'accompagnent et nos pensées te suivent. Puisses du devenir le véritable Homme de nos rêves. Bien à toi, Ionel Jianu, ce 22 novembre 1928.

(Mircea Handoca, *El descubrimiento de la India por Mircea Eliade*, p. 12, estudio que sirve de prólogo a la edición de *India*, Ed. Pentru Turism, Bucarest, 1991, reproducido en la edición española *La India*, Barcelona, 1997, edición de la cual citamos en adelante)

El joven estudioso envía sus impresiones de viaje — crónicas o reportajes — al periódico *Cuvîntul*, donde ya había publicado estudios y ensayos sobre proble-

mas de orientalista. Bajo el título *Biblioteca Maharajahului* ('La biblioteca del Majarajá'), la misma Editorial para Turismo que había publicado *India*, publicará, muchos años después, los artículos que Eliade envía de su viaje. Disponemos, pues, del *Falso diario...*, que recoge sus impresiones de Alejandría, El Cairo, Port Said, el Canal de Suez, la travesía del Mar Rojo y del Océano Índico. Bajo el título conjunto *Reportagii* nos ofrece una serie de crónicas que representan pinceladas y núcleos del libro posterior sobre la India. Destacamos el retrato de su mecenazas, la descripción de su vida y actividades benéficas, relato que ya no inserta en el otro volumen. Fruto de la inmediatez de la crónica y la curiosidad del público, está la crónica *El primer yoguino*. Nos interesa, asimismo, por sus detalles relativos a la vida cotidiana de la gran ciudad, el reportaje de Calcuta y el titulado *Primavera*, donde combina la impresión personal y el elemento autobiográfico con la escritura escueta, desprovista de verbos, de un reportero que cuenta su viaje aportando datos informativos y rasgos pintoresco. El editor, Victor Craciun, en su nota introductiva, comenta que estos reportajes, aparte de encontrar cabida en el periódico *Cuvîntul*, se han convertido, a la vuelta de Eliade a Rumanía, en una serie de conferencias radiofónicas en los años 1932 y 1933. Tanto parte del material de las crónicas periodísticas como el radiofónico, terminan configurando el libro sobre la India. Así aparecen, en diciembre de 1928 y enero de 1929, notas sobre Alejandría y Port Said bajo el nombre genérico y significativo de *Fals Jurnal de bord* ('Falso diario de a bordo') y otras tituladas *Ce-am vazut în India*, en enero y febrero de 1929. Asimismo, Petru Comanescu, amigo de Eliade, publica fragmentos de su correspondencia en el periódico *Ultima ora*. Después de una estancia de tres años, a comienzos de diciembre de 1931, debe volver al país a cumplir el servicio militar. Eliade llega a Venecia, vía Port-Said, y de allí a Rumanía, a mediados de diciembre. Según afirmaciones de Handoca (*op. cit.*, p. 22), la experiencia de los años 1929-31 da frutos importantes: casi cien artículos y ensayos en relación con la literatura, la filosofía, religiones, ritos de iniciación, arte, mística y erotismo, así como sobre diversos escritores, filósofos o políticos conocidos allí.

Cristaliza, a la vuelta de la India, el deseo que acompaña al escritor a lo largo de toda su vida: la creación en Rumanía de un centro de investigación del mundo oriental. En una carta suya de 1981, dirigida a un gran amigo, el filósofo Constantin Noica, afirma:

Lo importante es verificar, por un lado, la continuidad y unidad de las civilizaciones asiáticas y, por otro, la creatividad de las culturas tradicionales populares, entre las que el sureste europeo y Rumanía han desempeñado un importante papel. Como tengo dicho tantas veces, Rumanía no sólo es una encrucijada sino principalmente un puente entre Oriente y Occidente. Si nos parecemos tanto a «los orientales» no es porque nos hayamos «aturquizado», sino porque en Rumanía, al igual que en el sureste europeo y en toda Asia, el genio de la creatividad de tipo neolítico se ha conservado hasta casi anteaer. No se trata de «retornar» al pasado, sino de conocer mejor y de entender los elementos de unidad de Oriente y de Europa.

(*op. cit.*, p. 30)

De vuelta a Rumanía, tras el viaje a la India, Eliade publica su primera novela: *Isabel si apele diavolului* (1930), ambientada en la India y escrita *in situ*. Esta novela se completará con *Santier. Roman Indirect* (1935), *Maitrey* (1933) e *India* (1934). *Isabel...* y *Maitrey* son obras de ficción que contienen gran cantidad de elementos autobiográficos; pero por su estructura, perfil y rasgos de los personajes, constituyen novelas y son recibidas como tales por el público rumano. El caso de *Santier* y de *India* es distinto. Traducido como *Diario Íntimo* (novela indirecta), *Santier* es, en efecto, un diario, marcado por episodios temporales, distribuido en «cuadernos» y construido en secuencias fragmentarias (formato propio de un diario, aunque también una opción literaria reconocida en la época). Hay episodios de profunda introspección psicológica, momentos de euforia, desesperación, episodios marcados por la «autenticidad» y episodios o fragmentos descriptivos que relatan acontecimientos, cuentan anécdotas triviales, viajes, o retratan personajes anónimos, exóticos, gentes que rodean al autor o personalidades literarias, artísticas o políticas. El joven Eliade puede ser irónico, sin implicarse social ni políticamente, o bien desgarrador en una encrucijada de opciones existenciales:

Estoy furioso porque no transpiro la India por todos los poros, porque no soy consciente en todo momento de que me hallo en la ciudad soñada. Me noto muy pasivo; trabajo demasiado en las bibliotecas o en casa, en mi habitación. Y cuando vago por la ciudad, sueño en lugar de estar presente. Tengo que observarme más y obligarme a sorber, a revolcarme, a emborracharme de visiones asiáticas, de sonidos, de olores. ¡No quiero que pase la vida de largo por mi lado! No quiero ¿lo entiendes? Ojalá pudiese irme ahora.

(*Diario íntimo de la India 1929-1931*. Novela indirecta, Valencia, 1997, p. 27).

La lectura del diario nos indica que hay un poderoso vínculo intertextual entre *Isabel...* y el libro sobre la India. La lectura de los textos remite de uno a otro y la aparente sucesión de los mismos se debe, sin duda, a razones editoriales. Muchos de los episodios novelescos están contados en el diario y muchos de los elementos «descriptivos-exóticos» en la India. Se trata de una práctica narrativa que marcará a Eliade a lo largo de toda su carrera. Hay que tener en cuenta que la aparición de los tres textos es sucesiva; sin embargo, el público rumano que leía *Isabel...* podía leer de forma simultánea, las crónicas de Eliade, sus reportajes, e incluso, como queda ya anotado, fragmentos de su correspondencia. El viaje y su estancia en la India se convierten, pues, en un importante episodio existencial, en verdadera aventura de descubrimiento, conquista e iniciación; aventura total, contada en varios registros: de ficción, autobiográfico, y de discurso mixto descriptivo, que caracteriza el relato de viaje. Hay episodios similares que debían de ser originariamente los mismos que aparecen contados de manera distinta, según el tipo de escritura, sin olvidar que en sus memorias, concretamente en *Mansarda*, aparece el capítulo «La India a los veinte años». El joven investigador cuenta en su «diario» de *Santier* experiencias vitales, pero soslaya toda referencia a sus experiencias como viajero por la India. Hasta encontramos notas de este tipo:

Breves preparativos para el viaje a Darjeeling. El calor me ha puesto enfermo. Es una suerte que todavía me quede dinero después de todo lo que he pasado este mes... [Suprimo dos meses del Diario. Es decir, todo lo que escribí en el Himalaya, en las peregrinaciones y mis experiencias en Darjeeling y Sandakphu. Suprimo todo el diario de «Isabel»]

(*op. cit.*, p. 65)

En cambio, lo suprimido de *Santier* aparecerá en el libro sobre la India y de forma libresco-narrativa en el *Secreto del doctor Hönigberger*. El cuaderno segundo (Agosto-Diciembre 1929) está enteramente dedicado a la anotación de un «diario íntimo» que refleja de forma única la vida del protagonista, del autor, en el ambiente de trabajo universitario y en sus relaciones, especialmente con las «gentes» de Ripon Street. Al final de este «cuaderno», igual que en el primero, se anota entre paréntesis la parte «suprimida».

El «Intermezzo» titulado *Fragmentos de la revolución civil. Abril-Mayo 1930*, cambia de registro y de voz narrativa. El discurso es más bien informativo, semejante al reportaje político, en que predomina una «tercera persona», una voz neutra que relata acontecimientos, voz que alterna con la nota en primera persona. Los acontecimientos reales tienen que ver con la vida política de la India; destaca el odio de los «nativos» hacia los europeos. El problema del «otro» preocupa al joven Eliade que, por formación y naturaleza, pretende entender la causa india. El autor vuelve en su tercer «cuaderno» (marzo-noviembre de 1931) a la fórmula narrativa anterior: personajes, anécdotas e historias personales; fragmentos de un diario íntimo.

La India es un libro que Eliade publica, como casi todos los viajeros, exploradores o incluso «turistas» cierto tiempo después de la vuelta; inevitablemente hay episodios y relatos que se repiten y que además ya se publicaron, en su momento, como crónicas o reportajes de viaje. Estamos, sin duda, ante un libro que recoge la experiencia viajera de Eliade por la India, experiencia que de forma deliberada, se obvia o suprime de los escritos comentados anteriormente. El autor concibe el texto como una serie de episodios marcados todos por el referente geográfico o por la nota exótica que aparece en el título *Durga, la diosa de las orgías*, o en la descripción de fenómenos atmosféricos propios de tierras lejanas. Sin embargo, el prólogo que acompaña la edición de 1934, como lo fue el de *Santier*, obliga al lector y, sobre todo, al crítico a meditar sobre el tipo de lectura que va a emprender. Si el sumario indica que se trata de un libro de viajes, las palabras del autor siembran la confusión:

Este libro no es ni un diario de viaje, ni un volumen de impresiones ni de recuerdos. Contiene una serie de fragmentos sobre la India: algunos escritos sobre el terreno, otros relatados más tarde y otros varios extraídos de un diario íntimo. No es, pues, un libro unitario sobre la India. En lo que a mí respecta, creo que un libro tal sólo puede escribirse a los seis meses de estar en la India; a los tres años resulta imposible. No he intentado, por tanto, rehacer el material de impresiones y reflexiones que recogí. He preferido conservar el carácter fragmentario y espon-

táneo de las páginas que escribí sobre diversos aspectos de la desconocida India, evitando en lo posible el elemento personal. En este libro se ha evitado sistemáticamente la aventura. La he sustituido por el reportaje y la narración.

(*La India*, p. 33).

El autor destaca el carácter fragmentario, «espontáneo», de este escrito, poniendo de relieve el intento de lograr un registro «objetivo», desprovisto del fuerte carácter íntimo, personal de sus otros escritos. Insiste en la falta de coherencia temporal, en la falta de un itinerario articulado desde el punto de vista espacial y en lo aleatorio de sus notas. *No son ni completas ni sistemáticas. No he escrito nada de los que tal vez sean los lugares más hermosos que vi: el desierto de Bikanner, Cachemira, la frontera afgana, Birmania. Si no las escribí entonces, menos podría hacerlo ahora. Pido al lector que complete con su imaginación las carencias de este itinerario.* (op. cit., p. 33). Finalmente Eliade pone de manifiesto su postura frente al género: *No creo demasiado en la literatura de viajes. En general, la exactitud en el hombre es mucho menor de lo que nuestro optimismo nos induce a creer. De Oriente, sobre todo, puede escribirse de innumerables maneras. Depende sólo de lo que uno esté dispuesto a contar, de la cantidad de cosas que esté decidido a ocultar* (op. cit., p. 34). Una vez hecha la afirmación tajante, intenta explicarla, abordando, en primer lugar, el problema de lo exótico. La literatura sobre Oriente, afirma Eliade, es muy abundante, y a veces parece que los autores hayan agotado el tema, otras que, a pesar de tantas y tantas páginas, no han querido o no han podido decir nada: *Es probable que no exista ningún país sobre el que se haya escrito un solo libro objetivo, completo y legible* (op. cit., p. 34). Evidentemente, el autor intenta matizar sus afirmaciones; entiende que un «diario de viaje» no puede llegar a conclusiones generales sobre los espacios recorridos, sobre todo tratándose de mundos tan variados y difíciles de abarcar como la India, China o Mongolia. También considera que el tan preciado «punto de vista» del viajero, sobre todo en lo referente a los fenómenos sociales y, a menudo, políticos que describe, a los que asiente y participa, puede diferir entre un relato y otro de viajes. La subjetividad de las «impresiones de viaje», el lastre intertextual previo, propio de los europeos no gozan del aprecio de Eliade: *Por ese motivo, considero que los «diarios de viaje» a un país exótico la mayor parte de las veces no son sino literatura: y, aún así, no de la mejor. El ambiente y el sentimentalismo son dos grandes tentaciones del europeo en cuanto atraviesa el canal de Suez* (op. cit., p. 35). Ante esto, el crítico dedicado fundamentalmente a trabajar libros de viajes, ha de tomar postura. Eliade plantea aquí uno de los problemas más espinosos del «género»; esto es, su grado de literariedad. Sin embargo, el autor rumano, que se encuentra en una época de exaltación de la «autenticidad», de la afirmación del yo a través incluso de «diarios íntimos» que denomina «novelas indirectas», considera que el diario de viaje «con adornos» exóticos, aventuras extraordinarias y anécdotas personales suficientemente articuladas para convertirse en pequeños relatos, se aparta del deseado grado de «autenticidad» acercándose peligrosamente a un discurso ficcional, a la literatura.

Su deseo, al recoger en un volumen «impresiones» sobre la India, dispersas en diversas formas narrativas, es ofrecer una visión «fragmentaria» de los años pasados en aquellas tierras. Entiende que el trazado, las descripciones van a ser de línea gruesa, sin matices, sin sutilezas de interpretación, ya que esto último es fruto de otro tipo de escritura, quizás soñada por Eliade, un proyecto científico nunca llevado a cabo. El escritor rumano sale al paso de los ataques o reproches de aquellos que ven en esta serie de crónicas o reportajes, los tópicos de todos los libros sobre la India: la jungla, los elefantes, las serpientes, los cocodrilos -tópicos que circulan en el mundo occidental desde la *Indika* de Arriano-. Menciona el autor su estancia en el Himalaya como un episodio poco frecuente en los libros de viajes sobre la India. Sin embargo, insiste en el registro descriptivo que adopta al hablar de la vida de las gentes de los monasterios del Himalaya, remitiendo a otros escritos para la descripción e interpretación de las técnicas de meditación de los monjes de allí. Estamos pues ante un volumen variopinto, que, a pesar de las afirmaciones del autor, mantiene cierta coherencia temporal; cada fragmento tiene su título relacionado, en general, con un referente geográfico, el registro narrativo es más objetivo, el tono más periodístico o más personal; algunos fragmentos, posiblemente pertenecientes a algún diario, llevan la fecha «(Madrás, diciembre 1928)», encabezando o cerrando el escrito. Incluso la aventura «típica» de un explorador o cazador se titula *Cocodrilos (fragmentos de un diario de caza)* (1931). Sin duda alguna, la parte más novedosa del libro es el *Jurnal himalayan 1929* ('Diario de Himalaya') así como la parte titulada *Manastiri si pustnici din Himalaya* (1930) (Monasterios y monjes del Himalaya).

Adentrarse en la lectura de este conjunto de impresiones de viajes, de notas fragmentarias, de fragmentos de diarios, de crónicas y artículos destinados a una inmediata publicación, supone emprender una aventura de descubrimiento de un paisaje «exótico», visto con los ojos de un joven occidental muy pertrechado de conocimientos y referencias librescas sobre el espacio que se le ofrece a los sentidos. Eliade pretende conocer la India mediante procedimientos académicos, ayudado y aconsejado por su profesor y maestro Dasgupta. No obstante, pese a un paulatino y cauto acercamiento a la vida india, después de una ardua etapa de aprendizaje en la biblioteca y en las aulas de la Universidad de Calcuta, el «viajero» se sumerge de una forma sensual en la percepción de los olores, sabores, colores y erotismo de este nuevo espacio. A posteriori Eliade pretende alejarse «desdeñosamente» de la literatura de viajes, buscando en este acopio de fragmentos, notas y artículos «la autenticidad» que es otra forma de literatura que pretende asentar, bajo el rótulo «Novela indirecta». A pesar de las coqueterías teóricas, *La India* es un libro de viajes, que por su estilo, el uso de la anécdota y los elementos autobiográficos se acerca mucho a la literatura de viajes moderna.

El primer impacto ante este «mundo» tan distinto de la «vieja Europa» lo recibe en Ceilán y el acercamiento a la isla marcada por «el viento cálido y perfumado», por el aroma de los tallos cargados de savia se realiza con instrumentos propios de un literato. Difícil de traducir es la metáfora *troenind de seva*, en la que Eliade utiliza el verbo *a troieni* ('cubrir de nieves') para una vegetación tropical. Ceilán penetra en su cuerpo a través de las poderosas sensaciones olfativas, de los perfumes fuer-

tes, desconocidos llevados por la brisa marina. La siguiente sensación, diurna, es la de los colores *azur si soare lichid* (azul y sol líquido). La vivencia del joven que se descubre a sí mismo, en una especie de diálogo con el mundo, revela desconcierto: *¿Adónde ir primero? ¿Cómo calmar tu sed de mirar, de oler, de tocar? Una sed de sensaciones vertiginosas e intensas, sed de consumirte por entero, de morir* (*op. cit.*, p. 42). El artículo en que Eliade describe su llegada y su primera visita a Ceilán es un poema de sensaciones, una especie de asombro corporal ante la «maravilla» de una naturaleza poderosa, fuerte, implacable, sensual; naturaleza corporal que el joven percibe también con su cuerpo. Pasado el primer entusiasmo, siguen visitas religiosas y culturales, descripciones de paisajes, escenas humanas, tierras de cultivo, núcleos urbanos; establece amistades y visitas a una familia hindú. Como todo viajero, el joven rumano debe pasar la prueba de la hospitalidad y cenar con sus anfitriones: *Sufragerie o camera fara scaune..* («por comedor, una habitación sin sillas»). Sorprende aquí la comparación de la joven india que sirve la cena con una referencia cultural rumana: *es idéntica a la gitana del cuadro de Luchian*. Las experiencias son diversas y múltiples. Los templos visitados alternan con un convento de monjas de Madrás o con una casa regentada por un misionero sueco. El detalle autobiográfico se mezcla con la reflexión ante el paisaje, en este caso, el paisaje nocturno que no se parece ni a las noches de Dobrogea, a las de las montañas rumanas, ni a las de Italia. Eliade, invadido por la cultura, no puede eludir las noches librescas.

La noche de la India meridional no es la noche de Dobrogea, no es la noche de nuestras montañas, no es la noche de Italia. Entre ésta y las otras noches se extiende Arabia. Aquí, la contemplación del cielo inevitablemente te provoca extraños interrogantes y meditaciones. La noche en todas partes ha sido signo de misterio. Pero existe una noche de los poetas latinos, una noche de los románticos franceses, una noche de Novalis. Podríamos intentar hacer una clasificación según la compañía que nos imponga la noche: Dios, la mujer, el alma. Aquí, en la India, el acompañante es siempre el mismo: el alma. Por ello, los poetas y pensadores de la India parecen tan extraños; han pasado demasiado tiempo con ellos mismos.

(*op. cit.*, p. 60)

Después de estas primeras impresiones (diciembre 1928), ofrece a sus lectores un fragmento dramático titulado *110 Fahrenheit, ciclón dirección SO* (abril 1929). El autor huye de Calcuta donde está empezando una epidemia de cólera, y para cambiar de paisaje, acompaña a un ingeniero, encargado de la reparación del tendido eléctrico en el valle del Ganges. Les sorprende un calor inusitado y demoledor que les provoca un ataque de insolación con alucinaciones repletas de metáforas corporales humanas y animales. El desenlace de la crisis se produce con la llegada del ciclón que superan a duras penas, alejándose del cauce dolorido y espumante del río Ganges. *A nuestro alrededor, misteriosa y extraña, sentíamos la inmensa respiración vegetal* (*op. cit.* p. 66). Los capítulos dedicados a Benarés y a las grandes peregrinaciones y fiestas de Kumbh-Mela, articulan un discurso entre autobiográfico-literario y cultural-antropológico. Se describen costumbres y ceremonias, se cuentan

anécdotas y se dan referencias religiosas y culturales. El mismo tipo de discurso emplea Eliade para describir Amristan y el templo dorado, el centro de los festejos shiis y la llegada de los «dos peregrinos», trémulos camino del templo donde se realiza el ritual a la caída de la noche a través de un inquietante bosque de eucaliptos, lleno de movimientos, de susurros, de colores que se apagan poco a poco. *Porque de todos lados surgen murmullos extraños, ruidos secos, sonidos de algo que se deslizará por los troncos, bejucos que se retorcerán, como si serpientes encantadas despertaran de su letargo* (*op. cit.*, p. 83) Los episodios dedicados a Jaipur en Rajputana (febrero de 1930) parecen formar parte de un viaje de placer. El joven viajero se siente «feliz y perezoso» y afirma que estaba viajando sin rumbo fijo ni itinerario concreto desde la India central hacia las tierras de Rajputana: *Vagabundam* ('vagabundeaba'): este término indica precisamente el viaje no programado, sin meta concreta, sin ideología social ni religiosa. Viajar sin más en tren le lleva de vuelta de Fathpur-Sikli, la ciudad muerta de Akbar, de nuevo a la estación sin una idea sobre el próximo destino. Le empuja sólo el ansia de viajar, cambiar de ambiente y basta.

Casi al azar elegí Jaipur, en las lindes del desierto, y por la noche tuve el mismo sueño de romanza grotesca, de tragedia alucinante que tiene probablemente todo aquel que visita detenidamente la India central. Ahora lo he olvidado. Pero me acuerdo de lo naturales que me parecieron las cosas teñidas por el azul de los pavos reales y ese silencio extraño, de rincón de estación india. Como si hubiese estado viviendo en otra parte.

(*op. cit.*, p. 92)

Recuerdos o impresiones de viaje, los fragmentos dedicados a la zona de Jaipur nos permiten ver otra clase de viajero. Se trata de una faceta importante en los libros de viaje que se reconoce de alguna manera en la retórica del discurso específico de este subgénero. El joven Eliade se convierte en un «viajero por la ciudad» y como tal nos presenta algunas ciudades, del norte de la India, haciendo hincapié en su trazado, la riqueza de los bazares, la fragancia y la voluptuosidad de la mercancía expuesta. La costumbre es visitar la ciudad acompañado de un guía, lo que da lugar a pequeñas anécdotas y a una ruptura del flujo del discurso autobiográfico salpicado de pequeños diálogos. El viajero distingue aquí entre una visita de turista y la posibilidad, por muy poco dinero, de disfrutar de la ciudad en sus aspectos más insospechados, pintorescos y genuinos.

Porque mi guía me mostró los chales más tenues y los pañuelos de más vivos colores de Jaipur, me enseñó piezas de alfarería y estatuas de piedra y vi con mis propios ojos cómo se hacían en los talleres de la Puerta Roja. También me enseñó los rincones de la ciudad que el turista no ve, porque el turista es soberbio. ¡Y por añadidura me llevaba la maleta!

(*op. cit.*, p. 92)

El ojo del viajero sorprende la belleza de la ciudad *Cetate cu totul de piatra rosie* ('ciudad entera de piedra roja') y la compara con un cuerpo vivo. Las metáforas que emplea son de tipo sensorial plagadas de elementos sensoriales y eróticos. Se trata de

una ciudad configurada por el andar de las mujeres, por sus cuerpos semidesnudos, por la maravillosa sensación auditiva producida por los brazaletes que tintinean en una *adulmecatoare muzica aceasta, robusta si primitiva* ('olfateante música, robusta y primitiva'). La ciudad se abre a los sentidos; aflora el placer del tacto en las tiendas del bazar donde se pueden acariciar pergaminos, y encuadernaciones antiguas en seda y cuero; estremece el placer frío de la caricia de las piedras preciosas, la vista acumula colores y el olfato, poderoso entre todos, sentido primario y victorioso acompaña al viajero por todas partes en los espacios privados, en las pequeñas tiendas, en los jardines y en las amplias habitaciones de los palacios que visita. Repleta de sensualidad, de erotismo sutil es la visita pactada y pagada a una escuela de baile donde las bailarinas ofrecen espectáculos individuales que combinan el lenguaje gestual ritualizado con la música india insinuante, penetrante, con trajes tradicionales y con perfumes. La ceremonia acaba con un baile de grupo en el que las bailarinas aparecen desnudas en una culminación de la ofrenda del cuerpo convertido en ritmo insinuante pero lejano, inalcanzable para los simples mortales. La ciudad de Amber es toda un palacio de mármol blanco con jardines que parecen los de Las mil y una noches. El viajero deseoso de acumular imágenes en la memoria y en su retina «para poder recordar después», siente el cansancio de la maravilla y del gozo de la belleza. Prevalece la sensación táctil: *Mîngîi pereti si...* ('Acaricio las paredes...'). Después de un breve paseo por Ajmer (5 de febrero) el día 7 el viajero llega a Udaipur, una ciudad con murallas defensivas, con puentes y jardines «con el lago Picholo». El cansancio, la sensación depresiva de hastío, típica del viajero que acumula «impresiones» y emociones» se disipa ante esta ciudad: *Cetatea este de fantezie cinematografica* ('La ciudad parece sacada de una fantasía de cine'). Esta vez está ante una ciudad tan sumamente bella que parece irreal, una ficción del séptimo arte o un cartel publicitario para una luna de miel: *En las ciudades rajastaníes no hay nada de la fuerza plástica, ni de la sombría responsabilidad, ni de la arquitectura exuberante de la India meridional u oriental (op. cit., p. 106)*. Después de una visita a los palacios y templos «irreales» a los que accede a través de puertas como «la de la luna» o «la del elefante», el viajero se permite un momento de descanso en los jardines de esta «ciudad de cuento de hadas» convertida en «ciudad de cine», en un maravilloso decorado para películas históricas. Finalmente la noche le envuelve en una atmósfera «mágica, de encantamiento que se puede palpar». Las luces convierten la ciudad en un mundo fantasmagórico, embrujado, sumergido en la negrura.

La última ciudad de este periplo, Bikaneer (10 de febrero), se halla en lo más profundo del desierto. Las impresiones son visuales, la ciudad parece de cobre, como los bosques de los *zmei* de los cuentos rumanos: *Bikanirul e muntele fermecat al lui Simbad marinul* ('Bikaneer es la montaña encantada de Simbad el Marino'). Con las pocas palabras que dejan entrever las «maravillas» de esta ciudad acaba este verdadero cuaderno de viaje, un diario dedicado al gozo de las ciudades en un vagabundeo sin rumbo. Muy distinto de este cuaderno de viaje es el fragmento titulado «Cocodrilos» (de un diario de caza, 1931) donde se cuenta una expedición cinegética, con detalles pintorescos y emocionantes, con aventuras en el

corazón de la jungla subiendo el curso del Ganges. Precisamente este fragmento, inserto en el libro sobre la India ha provocado cierto revuelo de la crítica rumana ya que de este autor se esperaba más espiritualidad y menos elementos de tipo pintoresco que se podían encontrar en cualquier diario de viaje y caza en la India. Tanto en el prólogo de la primera edición de la *India*, como en escritos posteriores, Eliade afirma que su *Diario de Himalaya*, 1929, es la parte más original de su libro, parte que cuenta, en primer lugar el viaje que, siempre en tren, emprende hacia Darjeeling; de allí, asciende a ciertas alturas del entorno del Himalaya para llegar a los monasterios. Como en todos los escritos, en este viaje pintoresco en tren, se trazan algunos retratos de los compañeros de viaje y se recuerdan anécdotas como la de la «invasión de escorpiones». La ciudad de Darjeeling, ciudad de montaña llena de calles en cuesta, ciudad de «vacaciones», repleta de hoteles y villas, con cierto aire occidental es, a la vez, una ciudad de Asia Central que cobra vida propia los días de feria en las que se vende y se compra de todo en un tumulto de gente que revolotea entre barracas y puestos. Por otra parte la ciudad es considerada como una lujosa ciudad de vacaciones para los europeos: *Para un europeo, el verano en Darjeeling tiene dos ventajas: veranear y estar en Darjeeling. Decir que se ha pasado un mes en la «ciudad del rayo» equivale a un timbre de gloria. Es más que decir en Bucarest que se ha pasado el verano en Suiza (op. cit., p. 126)*. Desde esta ciudad que lleva como sobrenombre la «ciudad del rayo», el viajero emprende la aventura de la montaña en compañía de un médico conocedor de la flora local y aficionado a las excursiones botánicas. Con frío y niebla, el 14 de mayo, empiezan la subida hacia la colina del Tigre desde donde se puede contemplar el Everest desde el lado este. *Todo viajero tiene, al menos, una preferencia y una antipatía. A menudo, ambas las inspiran los libros, sean de geografía o novelas sentimentales (op. cit. p. 131)*. Sin embargo el corto momento en que pudieron vislumbrar la blancura limpia y lejana fue breve, rápidamente apagado por la niebla. Como toda excursión en compañía de ingleses, esta acaba con un tentempié de té con galletas servido por las señoritas intrépidas y precavidas que habían subido a ver el Everest. Las visitas a los alrededores incluyen una invitación a Lebond y una visita a los monasterios budistas donde se celebra la ceremonia de un entierro tibetano que comprende ritos salvajes y ruidosos, alrededor de la pira funeraria. Eliade cuenta también su visita a un monasterio Zok-Chen-Pe, de monjes de la «secta roja», con un templo imponente y una importante biblioteca ornamentada por maravillosas pinturas murales. De nuevo, subida a la montaña, acompañado por portadores, en medio de la humedad, de la lluvia, alojado en refugios que le recuerdan las excursiones de su adolescencia en los Bucegi. Finalmente, el día 2 de Junio, después de todas las penalidades de la subida, el viajero puede ver Kinchinjanga, la montaña que desea y que le impacta más que el Everest: *De pe culmen muntelui... (numele e frumos ca o legenda), am surprins, fara greutate, sirul ghetarilor albi si batrini* ('Desde la cima de la montaña con un nombre hermoso, de leyenda, vislumbré fácilmente, la sierra de glaciares blancos y envejecidos'). La aventura acaba, en pleno monzón, con una travesía por la jungla hacia los valles donde se encuentran con una plaga de sanguijuelas, que augura una muerte pegajosa, húmeda, lenta.

¡Escucha!... ¡Ay, ojalá pudiera describirlo! ¡Ojalá no hubiera escrito tantas cosas fáciles e imaginarias en mi vida!... Escucha como escuché yo. Primero, se me helaron las orejas, luego la garganta, luego las piernas. ¿Cómo podría reproducir el sonido sordo, fúnebre y frío de esas legiones negras y pegajosas? Algunas se me pegaron y me miraba los dedos manchados de sangre. Quise huir, huir del valle. Pero el guía me salvó.

(*op. cit.*, p. 152)

Diferente del viaje pintoresco contado en los episodios anteriores es la parte dedicada a *Monasterios y ermitaños del Himalaya* (1930). Se trata de una experiencia vital contada a la manera de un diario discontinuo. El joven Eliade, marca su itinerario geográfico y por lo tanto su periplo empieza con su salida en un tren nocturno, de la ciudad de Delhi camino de Hardwar. Aparte de recordar las maravillosas mezquitas, el mausoleo de Humayam, y algunas historias relacionadas con la historia de la ciudad, el viajero se adentra en tren, en la noche, en compañía de los indios, sus mujeres, niños e innumerables cestas y equipajes, en la llamada «interclass» (una especie de II-III clase). Una vez alcanzado su destino, este se nos presenta como un lugar sagrado, meta de muchos peregrinos. Se trata de una zona al pie de las montañas del Himalaya, donde el Ganges, liberado de un cauce estrecho y rocoso, empieza a ensancharse y fluir por varios canales. Lejos, a más de doscientos km, se encuentra Badrii Harayan, un famoso templo y lugar de peregrinación, próximo a las fuentes del Ganges y a la frontera tibetana, lugar que el autor aspira a conocer en primavera, con los caminos de acceso libres de las nieves invernales. Parece ser el único «europeo» en esta ciudad sagrada, su ropa le incomoda, así como las miradas de los demás. Él, el visitante, es «el otro»; su aparición a las orillas del río sagrado, donde la muchedumbre sigue los ritos ablutorios produce revuelo, interés y respeto; se entiende que ha venido a presentar un homenaje al río. Acompañado por un «swami» que sorprendentemente habla francés llega a la orilla del «ghat»: *El panorama era impresionante; las aguas verdes del Ganges repentinamente se ensanchaban para formar un lago de esmeralda, con una isla de jungla en el centro y, a mano izquierda, por donde el Ganges baja de los glaciares, se levanta una orilla rocosa y abrupta* (*op. cit.* p. 162). El cuadro de las abluciones es pintoresco e impactante; en la misma escalinata de mármol se bañan familias enteras, y, Ganges adentro, lejos de todas las miradas se encuentra el *ghat* de las mujeres, hermosas, vestidas de sedas, con velos ligeros, con pulseras de brazos y tobillos. Allí parece que el fervor religioso comprendido en el rito deja lugar al colorido y a la belleza del entorno. El autor menciona también la multitud de desdichados, mendigos, «santones», faquires... que piden limosna, ofrecen consejos religiosos o espectáculos: sin embargo la sensación de profunda miseria humana que desprenden otros escritos sobre la India, no aparece en las obras de Eliade. Espíritu de observación, interés, comprensión, comparación con otras costumbres, pero no una mirada compasiva, ni tampoco un juicio discriminatorio. Bajo la pluma de un joven escritor, se atisba la mirada de un antropólogo en ciernes; todo: ritos, costumbres, elementos pintorescos configuran un discurso de tipo autobiográfico centrado en el reconocimiento de lo libresco y en el relato de múltiples experiencias personales. El aprendiz de peregrino

continúa su camino visitando pequeños lugares de retiro, templos excavados en la roca o el templo de Daksheshvara, famoso en toda la India. La vegetación cambia, la jungla deja lugar a chopos gigantescos, acacias y encinas. La curiosidad del «investigador» le lleva a conocer bibliotecas y centros de estudio del sánscrito como la de Gurukul. Pero la parte final del capítulo rompe el discurso objetivo, sobrio, y pone la nota romántica. El autor es consciente de ello, pero no lo podrá evitar:

Las noches no tenían igual. La luna cubría con un manto de plata los abedules y la hierba, tapiz de donde salía un incierto murmullo, hierba indefinible, refugio de serpientes. En el cielo himalayano, las estrellas parecían alhajas, perlas de un collar, oasis. El firmamento aquí es inmaterial, el cielo está próximo, los abedules son esbeltos y garbosos: es el decorado.

(*op. cit.* p. 166)

La subida a la montaña tiene un propósito: Rishikesh, donde con dificultad obtiene una habitación en una especie de «casa hotel» de la administración; El autor sigue las descripciones de las costumbres, de los ritos y de las formas de manifestación de la religiosidad india; da detalles sobre el sistema de alimentación de los ascetas, su vegetarianismo, su salud física y el poder de las mentes entrenadas. Describe la vida de un «ashram» y la búsqueda de Swami Shivananda, un asceta conocido, médico de profesión, que, a la muerte de su mujer y de su hijo decide abandonar «el mundo» y retirarse. Es acompañado por otros eremitas, algunos con un pasado importante de cultura y práctica profesional europea. El joven rumano decide pasar un invierno en este lugar, pide autorización al superior y se somete a las normas de la vida ermitaña; abandona el traje europeo, viste una túnica amarilla con dos cintas blancas, calza sandalias y adopta la dieta vegetariana. Aceptadas las condiciones, se le asigna una celda y empieza una etapa de aprendizaje y meditación. La imagen de Eliade, vestido a la manera de los eremitas del Himalaya, reproducida en multitud de escritos suyos y conocida a través de la portada de la revista *l'Herne*, dedicada a su obra, nos muestra un joven «iluminado»; con un asombroso parecido, a nuestro entender, con el poeta nacional rumano, M. Eminescu. Quienes esperaban que las páginas de este diario les revelasen prácticas secretas y ritos iniciáticos se quedarían defraudados: el diario da detalles y describe los ritos diarios, la cotidianidad de la vida de los eremitas. Pocas palabras sobre el método Hatha-Yoga, practicado por su vecino de celda, un *naga* (asceta desnudo). La vida en este «monasterio» se basa en la libertad y la tolerancia. Cada uno es libre de creer en su dios y nombrarlo por el nombre que más le guste. Las descripciones de la vegetación lujuriente, viva, sensitiva, se alternan con anécdotas y retratos de personajes curiosos y pintorescos del entorno. El autor aprende algo de botánica «mística» y estos conocimientos aflorarán más tarde en sus escritos y, de forma inmediata, en los experimentos directos con su propio cuerpo. El episodio titulado «Cobra negra» da tensión al relato; cuenta la caza de la temida cobra negra, abatida por un ermitaño que tuvo que quebrantar, de esta forma, una de las leyes de su ascetismo, que le impide matar, aunque sea con peligro de su propia vida. El autor también, pero de forma menos dramática y más inge-

niosa, logra escapar de las serpientes, que, visitan por la noche su choza. Se sirve de una iguana que, alojada en la habitación, ataca y come los reptiles. El último episodio está dedicado a los leprosos; Eliade cuenta la miseria y el abandono humano y sanitario en que viven; el joven autor parece tomar postura ante esta plaga. Los capítulos (fragmentos del diario) dedicados al viaje hacia la frontera con Afganistán (7 de noviembre de 1930) vuelven a ser impresiones de viaje, recuerdos posteriores de una visita a Lahore en compañía de un amigo, Artur Young, conocido en los monasterios del Himalaya. Cuenta su vuelta al sur de la India, el viaje a Shantiniketan, y describe la fiesta Holi, la fiesta de la primavera. Al final, unas palabras sobre Tagore, al que conoce en un viaje en que le acompaña el maestro Dasgupta y la descripción de «Druga la diosa de las orgías».

El libro de Eliade, a pesar de sus afirmaciones, es un libro de viajes en que se entrecruzan varios discursos; se compone de fragmentos discontinuos, adopta la técnica del diario (de naturaleza autobiográfica) que alterna con el relato descriptivo e incluso «científico». En páginas de gran tensión, el lector percibe el elemento exótico; la reflexión y la introspección de tipo personal se alternan con una serie de aventuras de descubrimiento; se vislumbra una aventura de iniciación que marcará al autor a lo largo de toda su vida. Aún más, el libro entero está marcado por una fuerte y constante poetización del paisaje, lo que provoca en el lector una sensación poderosa de encuentro con un espacio mágico-maravilloso. Así como *Isabel si apele diavolului* y *Santier* mantienen una línea narrativa de introspección autobiográfica, donde el marco «exótico» importa poco, *Maitreyi* (la novela de amor bengalí) y *La India*, se complementan, siendo uno el relato del aprendizaje amoroso y erótico, y otro el de la meditación y la ascesis. La serie «India» se completará pocos años más tarde con *El Secreto del doctor Hönigberger*.

Es inevitable, para un tema tan descrito como el de la India, intentar la comparación del libro de Eliade con otros similares. De la copiosa literatura sobre la India, sea ésta de viajes, de aventuras de exploración o, simplemente, notas de un diario, hemos escogido dos textos. El de Henri Michaux, contemporáneo de Eliade en la misma hazaña de descubrir «Asia», y los recuerdos de Pier Paolo Pasolini, quien, años más tarde, en compañía de Alberto Moravia y Elsa Morante, emprende un viaje a estas tierras. Los tres autores están en la línea de los creadores polifacéticos, en busca de grandes aventuras de iniciación; se trata de artistas que experimentan con su cuerpo y también con sus distintos lenguajes a su alcance, una serie de aventuras de descubrimiento y conocimiento del mundo. El texto de Eliade culmina con su experiencia de recogimiento en un monasterio del Himalaya. H. Michaux experimenta con las drogas y Pasolini se lanza a aventuras ideológicas y sensuales. Sin embargo, tenemos ante nuestros ojos textos muy distintos. La India de Eliade, la que hemos presentado a través de estas páginas, es un mundo entrevisto por un joven, capaz de ofrecernos un registro sensual, completo, con pinceladas exóticas y con determinadas incursiones antropológicas que se aproximan más bien a cierto costumbrismo. Poco tiene que ver, y Eliade lo afirma, este libro con sus investigaciones y estudios dedicados a los lugares, culturas, filosofía y religiones de la India. H. Michaux propone una especie de diario de viaje titulado *Un bárbaro en Asia*, diario heterogéneo, fragmentario, más cercano al ensayo que al

reportaje o a la crónica de viaje. Se trata de su periplo por la India, la China y el Japón, llevado a cabo entre 1930 y 1931, fechas que coinciden con las de las experiencias de Eliade. Además los escritores, aunque no contemporáneos, desde el punto de vista generacional, llevan a cabo su actividad a lo largo de todo el siglo pasado. Los dos emprenden este viaje en la edad de la aventura de descubrimiento e iniciación y los dos, al cabo de muchos años, Eliade en sus Memorias, Michaux en el Prólogo a la edición francesa revisada y corregida de 1967, reviven y «corrigen» sus «impresiones» de juventud.: *Este libro tiene fecha determinada. Data de la época entrüstecida y tensa a la vez de este continente; ésta y no otra es la fecha.* (Henri Michaux, Prólogo a *Un bárbaro en Asia*; trad. cast. de Jorge Luis. Borges. Tusquets, Barcelona, 1977). H. Michaux, igual que Eliade, intenta definir sus «impresiones» de viaje, y en el prólogo a la primera edición francesa de 1945 aclara: *Doce años me separan de este viaje. Ahí está. Aquí estoy yo. Poca cosa podemos ambos prestar-nos. No era un estudio, ni lo puede ser, ni seré yo quien lo haga más hondo. Tampoco voy a corregirlo. Vivió su vida.* En cambio, en la edición revisada y corregida de 1967, en el prólogo citado recuerda el viaje, los lugares visitados:

Eran los años de aquella India que, con medios inesperados, que tenían todas las trazas de debilidad, trataba angustiosamente de librarse del sólido pueblo dominador que la tenía bajo su yugo. Desembarcado allí, en el 31, apenas informado, con la memoria saturada de relaciones pedantes, descubro el hombre de la calle. Me impresiona, me interesa profundamente, no veo sino a él. Me cautiva, le sigo, le acompaño...

(*op. cit.*, p. 16)

Esta aventura de descubrimiento del «otro», de las historias y vivencias del «hombre de la calle», se convierte para H. Michaux en un «viaje real entre dos quiméricos». Visto ya desde la lejanía y el recuerdo, el viaje del «bárbaro en Asia» le parece un viaje imaginario a unos «países de invención ajena». Perduran, sin embargo, «la sorpresa, la emoción, la excitación». Al cabo de toda una trayectoria literaria, fructuosa en aventuras de creación de mundos imaginarios, al escritor francés el texto de su juventud se le resiste *Este libro, que me tiene insatisfecho, que me saca de quicio y me choca, no me permite otra cosa que corregir cuatro nonadas. Se me resiste. Como si se tratara de un personaje. Tiene un todo.* (*op. cit.* p. 18).

Dejando a un lado los prólogos, el texto, que se abre con una alabanza irónica a Calcuta -*¡Pero ahí está Calcuta! ¡Calcuta la ciudad más repleta del universo!*-, difiere mucho de las impresiones, notas y fragmentos de viaje de Eliade. Nos hallamos ante una descripción de las gentes, de las calles, de los hábitos religiosos, culinarios, higiénicos; descripción que podía reconocerse también en el escritor rumano. Sólo que Michaux, lejos del tono comprensivo y muchas veces admirativo del futuro historiador de las religiones, adopta un tono irónico una mirada atónita, pero crítica, un asombro ante el «otro» que no favorece el entendimiento. Conocida de todos es la veneración de los hindúes por las vacas sagradas. Eliade apenas lo menciona, considerándolo un detalle «exótico». Passolini se estremece ante la miseria de las «vacas». Michaux comenta sobre Calcuta:

Ciudad de canónigos y de su maestro, maestro en su despreocupación y en descaro: la vaca. Se han aliado con la vaca, pero la vaca no se da por aludida. La vaca y el mono, los dos animales sagrados más insolentes. Hay vacas en Calcuta por todos lados. Cruzan las calles, se atraviesan en una vereda, y la hacen intransitable; defecan ante el automóvil del Virrey, examinan las tiendas, amenazan el ascensor, se instalan en el descanso de la escalera, y si el hindú fuera comible ya se lo habrían comido.

(*op. cit.*, p. 24)

El bárbaro, el «blanco» no pretende entender ni amar a los indios; sus pinceladas, fragmentos casi impersonales, desprovistos de todo detalle anecdótico, nos informan a veces; pero a esa información, correcta, le sigue el comentario extravagante, cómico, mordaz. El periplo de Eliade, incluso el de Pasolini (más tarde ya) está marcado por la referencia espacial (nombres de ciudades, pueblos, zonas concretas) y, algunas veces, por la temporal. El discurso de Michaux, fragmentario, muy parecido al de Eliade en *Santier (Diario íntimo...)* carece de todo indicio que pueda situar al lector en espacios y tiempos propios de un itinerario. La visión, más bien pictórica, de la India, apenas se detiene ante los detalles «pintorescos» o exóticos; el autor, además no ejerce ni la «mirada» comprensiva ni la compasión de Eliade o de Pasolini.

Buena parte de su imagen de la India la dedica a describir «al hindú», comparándolo con el europeo; ni uno ni otro salen demasiado bien parados. *Jamás, jamás podría sospechar el hindú hasta qué punto exaspera al europeo. El espectáculo de una muchedumbre hindú, de una aldea hindú, o la simple travesía de una calle con hindúes en las puertas es molesto y odioso. Todos están resfriados...* (Michaux, H., *Un bárbaro en Asia*, Barcelona, 1977, p. 25). En la misma línea están sus comentarios sobre los habitantes y animales de la India y el pensamiento hindú: *Todo pensamiento indio es mágico*; sobre los famosos ejercicios de respiración controlada; sobre el hindú como «hombre práctico»; sobre sus dioses y los cultos que practica. Ante el descubrimiento, objetivo y, a veces, reverencial de Eliade de las «religiones» de la India, la voz de Michaux, se nos antoja crítica, irreverente, a veces irónica: *Nada más triste que las cosas fracasadas. La actitud de los religiosos hindúes tiene rara vez el sello divino. Lo tienen como el crítico del Temps y los profesores de literatura en los liceos tienen el sello del genio literario* (*op. cit.*, p. 35).

Pasando de largo la enumeración de las «cualidades» de los hindúes, nos interesa destacar un pequeño fragmento que descubre la India a través de un color «dominante»: *El país de la rosa, de las casas rosadas, de los saris de bordes rosados de las valijas pintadas de rosa, de la manteca líquida, de los manjares dulzones e insulsos, fríos y asquerosos, y nada más insulso que el poeta Calidasa cuando se pone a hacer poesía insulsa* (*op. cit.*, p. 40). Nadie se salva: la misma afición de los árabes por los «perfumes nauseabundos, dulce de rosas y lukum». De las pocas descripciones de monumentos elegimos la de Taj-Mahal en Agra (monumento inevitable que aparece también en los otros escritores;): *Pero hay que ver el Taj-Mahal en Agra. A su lado, Nôtre Dame de Paris es un bloque de*

materiales inmundos, buenos para echarlos al Sena, o a un pozo cualquiera, como todos los otros monumentos (salvo quizás el Partenón y algunas pagodas de madera). Reunid la materia aparente de la miga del pan blanco, de la leche, del polvo de talco y del agua, mezclado y haced con eso un mausoleo excesivo... (op. cit., p. 41). Y a pesar de darnos una impresión de pobreza, de parodia del monumento, Michaux cede ante su belleza: *A pesar de sus adornos severos, puramente geométricos, el Taj Mahal flota. El fondo de la puerta es como una ola. En la cúpula, la inmensa cúpula, hay algo levemente excesivo, algo que todo el mundo siente, algo doloroso. Doquier la misma irrealidad. Porque este color blanco no es real, no pesa, no es sólido* (p. 42). Otro elemento que marca el discurso de un «viajero» es el fragmento dedicado a la estación de Calcuta, estación - dormitorio, estación que significa el espacio de la «espera» de la muchedumbre para alcanzar el «más allá» de las vías del tren. Frente a la viveza de las estaciones visitadas por Eliade, la estación de Calcuta se convierte en un espacio fantasmagórico, callado, «tránsito» entre el acá y el más allá. Otro fragmento del viaje es el dedicado al Ganges, que se le aparece envuelto en las neblinas del atardecer. El texto está constituido a base de preguntas e imprecaciones dirigidas al supuesto «lector europeo» que no entiende ni realiza los actos de adoración y purificación en el río sagrado: *El Ganges aparece en la neblina de la mañana. Vamos, ¿qué espera usted? ¿Acaso no es evidente que hay que adorarlo?* (p. 68). Es interesante señalar también que, a pesar del tono jocoso, de la parodia implícita, el «viajero» siente de vez en cuando, inquietud ante el poder de la mirada de un peregrino, viejo y abandonado a su suerte. *En su mirada había algo especial para mí* (p. 92). Este episodio no le impide comparar el cristianismo con las religiones de los hindúes, ni tratar a éstas últimas con cierto desprecio: *Pero para un hindú, en cuyo país no pasan veinte años sin que se encarne un Dios y el sólo Vishnú se ha encarnado ya doce veces, eso no es nada. El hindú se siente completamente en familia con sus dioses, esperando tenerlos por hijos, y las muchachas por maridos* (p. 93). El periplo «indio» acaba con una reflexión sobre el porqué de este discurso fragmentado, fuertemente subjetivo, fruto de un viaje, más bien estático, con una retahíla de impresiones sumamente controvertidas. Pocas notas del viaje a Nepal en el Himalayan Railway y un capítulo breve titulado «Un bárbaro en Ceilán».

Eliade y Michaux nos hablan del mismo espacio que conocen casi al mismo tiempo y con edades muy cercanas. Las diferencias son grandes a pesar de la naturaleza del discurso, fragmentario, subjetivo en la descripción, que adoptan los dos. Un texto no sustituye al otro, y ninguno de los dos puede convertirse en guía de viaje de otros. Se trata de experiencias personales, únicas, ambas de «iniciación», pero de mirada entusiasta en uno, irónica en el otro.

El título que propone Pasolini a sus crónicas es *El olor de la India*, un título concreto, sugerente, sensual, que anuncia una serie de relatos e impresiones impregnadas de experiencias sensoriales. La realidad es bien diferente. El libro está compuesto de seis episodios, seis etapas de un viaje «de aprendizaje», de buceo en una cultura difícil, incomprensible, lejana, resumida en humildad, tolerancia y dulzura. Pasolini evita las típicas descripciones de las «maravillas» de la India; hay

poco lugar en sus crónicas para los circuitos turísticos; de hecho hay pocos momentos en que la belleza y serenidad de un paisaje vence a la enorme humanidad desnuda o semidesnuda, hundida en una miseria primordial, aceptada como única forma de vida. Eliade, conocedor de la humanidad, la filosofía y las religiones indias, acepta el despliegue de desgracias humanas, insinuando una fatalidad genética o una sabiduría poco común al hombre europeo. Tanto Pasolini como Eliade se sienten «blancos», pero la larga estancia del joven rumano le permite aprender algo de las lenguas de la India, vestirse con el ropaje característico; su piel adquiere el color cobrizo parecido al de los indígenas; sin embargo, su formación cultural y religiosa le impiden una total integración. El caso de Pasolini es distinto, ya que permanece allí poco tiempo y contará sus experiencias desde la postura del viajero, del «otro», con una clara intencionalidad ideológica. La India de Eliade, a pesar de su larga estancia, sus vivencias y su aprendizaje, es un espacio poderosamente sensual, colorista, seccionado a veces en cuadros costumbristas o de estilo romántico-modernista. Pasolini es un cronista moderno, descarnado, lejano de la «impresión» del viajero convencional inmerso en un discurso netamente definido desde el punto de vista ideológico. Los dos escritores nos proponen y presentan una galería de personajes de la India: acompañantes, chóferes, guías, o simplemente gente, muchedumbre que acude a los lugares sagrados, peregrinos, enfermos, tullidos y moribundos. Eliade, por sus estudios y su larga estancia en la India, nos hace participar de su continuo esfuerzo de comunicarse mediante el uso de las lenguas: el bengalí, el sánscrito, los rudimentos de hindú y evidentemente el inglés y a veces el francés. El relato de Pasolini marca las distancias y la barrera lingüística; abre, en cambio una puerta de comunicación sensorial, ya que el escritor y cineasta italiano se comunica a través de la sonrisa y dando o cogiendo la mano (gesto poco común en la India). Impacta la sensación visual, ya que la sonrisa dulce y triste que le acompaña en su periplo se traduce en una cara y una sonrisa, así como en el tacto, que proporciona el placer de comunicarse mediante el sentir de una mano de niño en la suya. *El olor de la India* es un libro de viajes incompleto, fragmentario, de discurso casi literario, o bien ideológico. Pasolini pasa poco tiempo en este «espacio de las maravillas» y, lejos del entusiasmo juvenil de Eliade, nos transmite una angustia vital provocada por los inmensos contrastes, por la miseria, el hambre, el abandono, la enfermedad y la muerte. Ante la búsqueda personal, continua y compulsiva del joven rumano, el «libro» de Pasolini se configura como más pausado, menos personal. A pesar del detalle autobiográfico y de ciertas referencias ocultas que marcan su «yo», los seis episodios tienen títulos y una especie de resumen, anotación previa, parecidas a las que precedían los capítulos de obras de otros tiempos (desde la Edad Media hasta, prácticamente, comienzos del s. XX). La ausencia de verbos no resta, sin embargo, vitalidad a las pocas líneas introductorias, seguidas ya por la crónica, el relato, o las impresiones de viaje. Así como Eliade se mostrará conforme y agradecido con la vida de los indios, Pasolini reacciona a cada paso ante la miseria, la injusticia... y al entusiasmo de Eliade se le contrapone la ironía, llevada a veces hasta los límites de lo absurdo del escritor italiano. Sin duda alguna, el discurso sincopado de Pasolini obedece a un trazado más moderno y a una capacidad mayor de crear y recrear imágenes. Pero

así como para el rumano la India significa diversidad, para el otro todo parece ser lo mismo: *Habría que tener la potencia reiterativa de un medieval recitador de salmodias para poder volver a afrontar, cada vez que se presenta, la terrible monotonía de la India.* (*El olor de la India*, Barcelona, 2006, pp. 105-106).

El episodio de Benarés, que pone fin al texto de Pasolini, reconcilia al autor y a sus lectores con este inmenso espacio. La experiencia empieza mal; en Benarés hace frío y humedad como en una mañana de marzo o comienzos de abril en la lejána Italia. Tienen que atravesar por toda la corte de los milagros que se amontona en las calles que llevan al río. Dan un «paseo» en barco para ver desde el agua toda la extensión de las orillas con sus palacios y templos, los embarcaderos y las escalinatas que se adentran en el río sagrado. La noche fría les invita a acercarse a los hogueras; son piras funerarias y para calentarse Alberto Moravia y Pier Paolo Pasolini caminan entre la gente acercándose al fuego: *No se distingue nada, sólo leña bien ordenada y atada en cuyo centro está aprisionado el muerto: pero todo está ardiendo y los miembros no se distinguen de los pequeños troncos. No hay ningún olor, salvo el delicado olor a fuego* (p. 110). Este libro se cierra con la entrevista que Renzo Paris realiza a Alberto Moravia, el compañero de viaje a la India de Pasolini. Hay que decir que Moravia publica también sus impresiones de viaje bajo el título *Un' idea dell'India* (vers. cast., *Una idea de la India*, Madrid, 1964).

Sólo pocas palabras sobre el libro de Moravia, escrito a raíz del viaje que emprende junto a Elsa Morante y a Pasolini. Se trata esta vez de un libro de reflexiones sobre lo visto y oído, libro que mezcla recuerdos con un reportaje gráfico ilustrativo. Las preguntas fundamentales en torno a la religión y la comparación entre el cristianismo y las religiones de la India configuran un capítulo: *La religión es aquel monstruo pequeño, no más alto de cincuenta centímetros, con gran barba negra y patizambo, que me miraba, desnudo, desde el umbral de una tienda de Calcuta* (Moravia, A., *Una idea de la India*, Madrid, 1964, p. 17-18). Otro capítulo, descripción pura, está dedicado a un sitio concreto: «A cuatro millas de Aurangabat», en un atardecer que envuelve el campo. Moravia describe la recogida de los campesinos, la vuelta a sus casas, después de un día de labor; compara el paisaje con los de la Europa meridional y los carros con los de un mundo primitivo, ancestral; entre la gente adulta hay también niños: *Llaman la atención sobre todo, los niños, por la vivacidad explosiva de sus ojos brillantes y de su risa, tan blanca sobre sus rostros oscuros* (p. 29). El cuadro finaliza con el desfile de los mendigos. La visita a la ciudad cercana, llena de tiendecitas repletas que, a la luz artificial y desde lejos, parecen sacadas de *Las mil y una noches* (impresión similar a la de Eliade ante los bazares), termina en un cuadro más realista. De cerca, todo aparece modesto, vulgar, mezcla de productos de uso y falsos amuletos:

El exotismo se refugia en las freidurias humeantes que ofrecen alimentos de colores vivos, amarillo azafranado o rojo pimentón, y en las tiendas de especias que exhiben en escudillas pirámides de granos y de harinas violetas, verdes y anaranjadas. Pero el auténtico exotismo está, sobre todo, en el aire de corrupción obsesivo y capilar que no respeta nada, ni el fruto recién cogido del árbol ni el cemento acabado de colar; el clima indio ennegrece y descompone, pero no desazona.

(pp. 31-32)

De los restantes capítulos que tratan de la pobreza, del colonialismo, del politeísmo, hemos seleccionado tres: «Las hogueras de Benarés», «Viajar por la India» y «El escándalo de Khajuraho», por coincidir sus contenidos con los demás libros de viajes tratados aquí. El primero nos acerca a la concepción de la muerte en la India y, aparte de una serie de disquisiciones teóricas, nos interesa el episodio que cuenta la experiencia de Bombay, en una playa vasta, a la hora del ocaso, cuando multitud de familias llegan para adorar a la diosa Kali, la diosa de la muerte. (La historia la cuenta Pasolini en otro registro narrativo y emocional.) La siguiente experiencia está ligada a la ciudad sagrada de Benarés. Moravia la describe en el tono y con la mirada de un viajero que sabe que puede ofrecer su experiencia a los demás. Las hogueras, pasada la media noche, las hogueras de la muerte, parecen «acogedoras», sirven para combatir el frío y la humedad, sensación descrita también por Pasolini: *Las hogueras rojean a no mucha distancia, pero la barcaza va muy despacio y uno tiene tiempo de notar que la noche está fría y muy húmeda. Irresistible, se insinúa en la mente la idea irreverente de que, una vez llegados junto a la hoguera, podremos, al menos, calentar al fuego el cuerpo aterido* (p. 43). Viajar por la India es, para Moravia, un largo recorrido donde, aparte de las ciudades, el campo, la grandiosidad de los árboles, la jungla, o los grandes ríos, lo que realmente importa es «el otro»: *Y al fin, la India no es un país bello como, por ejemplo, Italia, y ni siquiera pintoresco, como, por ejemplo, el Japón. La India es un continente en el que son dignos de interés, sobre todo, los aspectos humanos* (p. 86). Finalmente, el escándalo de Khajuraho, situado en una vasta llanura verdeante, a veinte kilómetros de la pequeña ciudad de Chattarpur (p. 159) son sus templos, sus veinte templos supervivientes. Al viajero le sorprende su forma: *son pequeños, recogidos, robustos*. La metáfora que emplea el escritor italiano es de naturaleza animal: *los templos son pulpos fósiles extraídas de la tierra que los custodiaba hacía miles de años. Del pulpo tienen, ante todo, la forma: la cúpula, en forma de pilón de azúcar, evoca la capucha con grandes ojos; las celdas que hay bajo la cúpula, el conjunto de los tentáculos* (p. 161-162). Ahora bien las esculturas representan de forma poderosa y exhaustiva, la unión entre el hombre y la mujer... he ahí el escándalo de Khajuraho.

La lectura del libro de Eliade sobre la India, así como la comparación con otros autores, contemporáneos o no, pone de relieve una serie de problemas ideológicos, comunes a dichos autores, así como fórmulas narrativas de carácter fragmentario y, en determinados casos, un lirismo especial de naturaleza sensorial. Todo ello invita al lector a seguir el camino para el mejor conocimiento del viaje iniciático del escritor rumano, completándolo con otras obras suyas de ficción.